

# PENTECOSTES

CORO HABLADO PARA LA J. C. F. V.

(El escenario simple sin adornos. Tal vez en el fondo un mapa de Venezuela con indicación de las Diócesis. En el extremo izquierdo del escenario una tarimita para la Jefe de Coro, muy próxima al público).

Personajes: **Jefe de Coro. Tres coros: Jóvenes frívolas, Jocistas y J. C. F.** en grupos de a diez, cada grupo con su Jefe de grupo.

La escena supone un acto previo en que se ha tratado del tema de las vocaciones sacerdotales y su escasez en Venezuela.

## JEFE DE CORO (sola en el escenario)

— ¡Señor! ¡siento en el alma una congoja!... ¡Mi patria tiene sed espiritual! Mi patria no tiene sacerdotes!

Pentecostés... plenitud de gracia, día sacerdotal...

¡Espíritu Consolador! descende como torrente benéfico, como lluvia fértil de Mayo, sobre esta tierra mía, sobre mi patria amada Venezuela, que el viento esterilizador de un siglo de liberalismo ha secado en su raíz; ha agostado en las fuentes mismas de la vida cristiana.

Mi Patria tiene sed espiritual. Mi Patria no tiene sacerdotes. Mi alma se estremece de angustia porque muchas madres venezolanas son culpables de esta angustiosa escasez de ministros del Señor. ¡Que desvarió el dé aquellas madres que se dicen cristianas y ahogan en el alma de sus hijos el sublime ideal del sacerdocio. ¡Quién pudiera!

**CORO DE FRÍVOLAS.** — (Entran por el fondo. La Jefe de grupo lleva en las manos un ramo de flores. Todas llevan en su vestir sello de ligereza.)

**JEFE DE CORO.** — Quienes soís?

**CORO DE FRÍVOLAS.** — La juventud, la flor de la vida.

**J. C.** — La juventud!.. la flor de la vida! Qué bella expresión poética y real. Jóvenes hermanas mías, sois la flor de la vida. La flor es promesa de fruto.

**J. de Grupo** — La vida es bella.

**CORO.** — Como una rosa.

**J. de G.** — La vida es breve.

**CORO.** — Como una flor.

**J. de G.** — La vida es sabrosa y hay que libar la miel de sus placeres.

**CORO.** — Como la abeja.

**J. de G.** — Yo quiero vivir mi vida.

**CORO.** — Embriagarme de su aroma

**J. de CORO.** — Pero la flor de la vida tiene espinas.

**CORO.** — Se arrancan las espinas.

**J. de CORO.** — Pero en la corola mismo del placer se esconden las espinas. Hermanas: nunca podemos libertarnos definitivamente del dolor.

**J. de G.** — El dolor se ahoga en el torbellino del placer.

**1er. grupo de dos.** — En la languidez luminosa de las playas.

**2do. grupo de dos.** — En la armonía embriagadora de los bailes.

**OTRAS.** — En el cine, en los dancing, en el rumor enloquecedor de las liasonjas.

**J. de CORO.** — La juventud es flor. Pero la belleza de las flores es efímera. Las flores se marchitan. Un día no lejano, la rosa de vuestra belleza, la flor de vuestra juventud, ha de marchitarse.

**J. de G.** — No; nosotras haremos de la vida una eterna primavera, una juventud inmarcesible.

**1er. Grupo.** — Con la higiene.

**2do. Grupo.** — Con el depote.

**J. de CORO.** — Pero llegarán horas de dolor, horas de preocupación: la solicitud del hogar; la educación de los hijos.

**CORO.** — Quién piensa en el hogar! Divertirse, gozar... es la ley de nuestra edad.

J. de Grupo. — La juventud es una flor; el hogar, la solicitud de una familia implica trabajo, dolor, ingratitudes. ¿Por qué cargarse de preocupaciones en medio del festín de la vida?

(Se retiran hacia el lateral izquierdo y quedan en una doble fila muy atrasada y próxima al extremo.)

J. de Coro. — Qué tristeza señor! ¡Que duro y estéril egoísmo! No conocen el dolor, no conocen el sacrificio. Sueñan en una eterna primavera. ¡Ilusión egoísta y cruel! Pasarán por la vida sin crear más que sonrisas efímeras; morirán solas, sin el calor de una mano fillal que acaricie su frente enfebrécida, y cierre cariñosamente sus ojos en la hora de la partida.

Y yo... pensaba ingenuamente, que podría sembrar en sus almas el ideal sagrado de un hijo sacerdote. Pero en esas almas angostas, mezquinas, egoístas, ¿cómo sembrar el ideal?

CORO. — La vida es un jardín, la juventud es una flor.

(Entra por el lateral derecho un grupo de jocistas).

CORO de Jocistas. — Vanidad, egoísmo, frivolidad! La vida es dolor, es trabajo.

J. de G. — Es peregrinación laboriosa hacia la ciudad definitiva.

J. de C. — Valiente y noble juventud, ¿quiénes sois?

CORO. — Josistas.

MASA. — ¡¡VIVA!!

J. de C. — Jocistas! lo debía haber advertido al reconocer vuestro escudo. ¿Qué significa la J. O. C.?

CORO. — La juventud.

La juventud Obrera.

La Juventud Obrera Católica.

MASA. — ¡¡VIVA!!

J. de C. — Cuál es vuestro orgullo?

CORO. — El trabajo.

J. de C. — El trabajo es noble.

CORO. — Honor al trabajo.

Una jocista. — Con nuestro trabajo ganamos el pan para nuestros padres, para nuestros hermanos.

2ª. jocista. — Con nuestro trabajo labramos la prosperidad nacional.

3ª. jocista. — con nuestro trabajo conquistaremos el reino de Dios.

MASA. — ¡¡HONOR AL TRABAJO!!

J. de C. — Pero el trabajo es duro, el trabajo es fatigoso...

J. de G. — Contamos con un ideal que nos alienta; tenemos un modelo...

J. de C. — ¿Decidme cual es vuestro modelo?

CORO. — El Hogar de Nazaret.

J. de C. — Cristo fué obrero.

CORO. — La Virgen fué una obrerita, la esposa de un carpintero.

J. de C. — El sudor fecundo del obrero de Nazaret, las manos virginales de María Santísima han ennoblecido el trabajo.

CORO. — Honor al trabajo.

J. de C. — Me habéis robado el corazón. ¡Viva nuestro trabajo! ¡Viva al J. O. C.!

MASA. — ¡¡VIVA!!

J. de G. — Nosotras sentimos el orgullo de nuestro trabajo... pero llevamos en el alma una tristeza....

J. de C. — ¿Porqué?

J. de G. — Hay en los hogares humildes, en los barrios ignorados, en las colinas descarnadas que cercan a Caracas, tantas jóvenes, heroínas del trabajo, que ganan con su aguja, tal vez en las oficinas lujosas, tal vez en los menesteres humildes e ignorados, con 10, 12, 14 y hasta 16 horas de trabajo el pan de su madre enferma, de su padre, lisiado, de sus hermanos abandonados.

CORO. — Hermanas nuestras... heroínas del trabajo.

J. de G. — Y sin embargo... ellas no sienten como nosotras la alegría de su trabajo, la nobleza de su esfuerzo. Están solas, están tristes. ¡Cuán tas empujadas por la necesidad y ofuscadas por el espejismo del lujo sucumben a la tentación! Falta la mano que las levante: falta la voz que las conforte.

CORO. — ¡Faltan sacerdotes!

J. de G. — Ah! cuando contemos con diez, con veinte sacerdotes como un Padre Machado, un Padre Odrizola, de cuyos labios aprendimos las verdades de la fé, que bajen a nuestras moradas, que suban los cerros empolvados...

CORO. — ¡Dadnos sacerdotes santos!

J. de C. — Decidme; si un día no lejanos, cuando hayáis formado un hogar, el Señor os pido un hijo, varios hijos para el altar, estaréis dispuestas a ofrecérselos?

CORO. — Sí.

J. de G. — Sería la dicha más perfecta de nuestra vida!

CORO. — ¡Señor! dadnos sacerdotes santos!

(Se retiran al extremo derecho y se forman allí como el primer grupo de dos en fondo).

**JEFE DE CORO.** — Ah: Ellas sí; las que han conocido el dolor... las que han conocido el trabajo y el sacrificio. Pero las niñas frívolas... ¡Dichosas vosotras! las hijas del trabajo y del sacrificio, porque habéis sentido la orfandad espiritual de Venezuela!

(Entra un coro de la J. C. F. V. La Jefa de Grupo trae un manojo de espigas).

CORO. — También nosotras!

J. de G. — ¿Quiénes soís?

CORO. — La Juventud Católica Femenina Venezolana.

**MASA.** — ¡¡VIVA!!

J. de G. — ¿De dónde llegáis con espigas en las manos?

J. de G. — De todos los ángulos de la Patria.

**VARIAS.** — Del Llano, de las montañas, del Oriente luminoso, de las riberas del Orinoco.

CORO. — La mies es mucha...

J. de G. — Venimos de la siega. La juventud trabaja junto al sacerdote, a las órdenes de la Jerarquía, en los hospitales, en las catequesis, en los barrios olvidados, en las ciudades, en los campos... y traemos el alma cargada de dolor porque en toda la extensión de la Patria desde Caracas hasta los confines del Llano un inmenso clamor de masas sedientas y de almas nobles reclaman sacerdotes; sacerdotes santos...

**UNA.** — En Caracas, parroquias de 40.000 habitantes cuentan con dos sacerdotes.

**OTRA.** — En el Llano, estados enteros cuentan con un solo sacerdote....

J. de G. — ¡Bello es vuestro ideal y nobles vuestros esfuerzos! Trabajáis junto al sacerdote... pero si un día el Señor, cuando forméis un hogar cristiano, os pidiera un hijo para el altar. ¿Tendréis valor para entregárselo....?

CORO. — (Tímidamente). Sí.

J. de G. — ¡Qué tímida vuestra afirmación! ¿Os arrancaréis con nobleza de los prejuicios que un siglo estéril y fatuo de liberalismo ha infundido en muchas familias contra la vocación sacerdotal? ¡Venezuela muere de sed espiritual! ¡Venezuela no tiene sacerdotes! ¡Jóvenes caraqueñas ¿ofreceréis noblemente vuestros hijos al Señor?

CORO. — Sí, sí.

J. de G. — (Al público). — Juventud caraqueña: Madres cristianas que me escucháis, ahogaráis en el corazón de vuestros hermanos, de vuestros hijos queridos, el germen de la vocación sacerdotal?

**MASA.** — NO, NO, NO.

J. de G. — Será el más bello ideal de nuestra vida. Si un día nos concede la dicha de un hijo, elevarlo en nuestros brazos al cielo y ofrecerlo a Dios; soñar que en sus manos un día se tomará el pan en el Cuerpo de Cristo, que sus manos ungidas perdonarán nuestros pecados, que sus labios anunciarán la palabra del Señor.

CORO. — Sí, (arrollándose). ¡Dadnos sacerdotes santos!

**MASA.** — ¡DADNOS SACERDOTES SANTOS!

¡DADNOS SACERDOTES SANTOS!

¡DADNOS SACERDOTES SANTOS!

(Avanza inesperadamente la Jefa de grupo de las frívolas).

J. de G. — Jóvenes Católicas! Habéis conmovido todo mi ser. Jocistas, tenéis razón. La vida es dolor, la vida es sacrificio, la vida es penosa peregrinación. Jóvenes caraqueñas me siento avergonzada. ¿Qué vale el placer, que vale la flor de la vida? (arroja el ramo de flores). ¡Qué bello es vuestro ideal. ¡Si Dios me concede hijos, y me los pide, yo se los entregaré gustosa para el altar!

**TODAS.** — ¡Señor dadnos sacerdotes santos!

TELON